

no corrió y... y dieron...  
 quise... y...  
 el... y...  
 le... y...  
 de... y...

### CAPITULO VII

De las disposiciones de Hernando Cortés para la conquista de México.

46. Consideró Cortés que se iba reduciendo el sitio de México á retiradas y acontecimientos: guerra en que se gastaban los dias y se aventuraba la gente sin ganancia ni progreso, con los fosos y reparos que fortificaban los mexicanos cada dia en las calzadas, y que el número excesivo de canoas cargaba á la parte que desabrigaban los bergantines, y mandó que de Texcuco y Chalco se trajesen canoas: juntó hasta tres mil embarcaciones; dividiólas en tres cuerpos; nombró capitanes de la nación que las gobernasen por escuadras, y con este refuerzo envió cuatro bergantines á la parte de Sandoval, á la albarrada de San Lázaro que es hoy; á Pedro de Alvarado otros cuatro en Noncalco, donde está hoy la ermita de San Miguel, y los cinco que quedaron á la calzada principal con Cristóbal de Olid, con orden que corriesen el disonido de las calzadas y acequias para impedir

la entrada de bastimentos, como se consiguió cogiendo bastimentos y barriles de agua repetidas veces, con que se puso en aprieto el ejército enemigo, y se tuvo noticia de la carestía en que estaban.

47. Facilitáronse las entradas porque faltaron las ofensas, y al mismo tiempo ordenó que por las tres partes se entrase en la ciudad: halló Cristóbal de Olid un gran foso en la última puente; pero los cinco bergantines rompieron la trinchera, y cegando el foso pasó el ejército: hallaron una fortificación de madera con tres órdenes de troneras y gente innumerable para su defensa; pero á los primeros golpes de la batería cayó en tierra y con gran pérdida de gente: los enemigos se recogieron á la ciudad sin volver el rostro. Al punto dispuso Cortés que ocupasen el puesto los españoles, y con tres piezas de artillería se siguió el alcance en ínterin que á piedra y lodo cegaron el foso con ochenta mil indios amigos, en que se señaló Diego Fernandez, acertador, de tantas fuerzas, que cuando tiraba una naranja, hacia el daño que podia una pieza de artillería.

48. Ganaron los castellanos otra albarrada que estaba en la calle mas ancha y principal de la ciudad, que se hizo con facilidad por estar sin agua: pasaron adelante donde habia de adobes una fortificación, y se peleó por mas de dos horas; y por el daño que hacian de las azoteas, viendo que

se habian retirado los enemigos por la fuerza de la batería á las casas de Motecuhzuma, que se llamaban Quauhquiahuac, la Casa de la Aguila, se retiraron al real, que estaba en Xolotl, que es ahora el matadero, donde despues labró casas Alvarado, que hoy sirve de rastro, donde está el abasto de carnero.

49. Con la felicidad del suceso siguieron el alcance, y en aquella ocasion salieron de las casas de la Aguila; y un soldado que se empeñó con el caballo y lanza lo hicieron pedazos: pasó adelante el ejército porque se cegó la puente, y llegaron á otra que no estaba levantada, porque no pensaron los mexicanos que llegaran á ella los castellanos: dieron vista á la plaza, y viendo que ya todo era tierra firme, mandó Cortés disparar una pieza de artillería á la plaza, que estaba llena de gente, que les obligó á los mexicanos á retirarse al circuito del templo, porque Cortés, apellidando á Santiago, acometió el primero. No se atrevieron los castellanos á ocupar la plaza, por el daño que podian recibir de los altos del templo; pero conociendo los mexicanos que no habia caballos, acometieron con tanta furia, que los hicieron retirar, y perdieron los castellanos el tiro grueso que habian trazado para combatir. Retiráronse á Xoloc, y en esta ocasion vino socorro de Tezeuco; y considerando Iztlixochitl que de las azoteas era grande el daño, aconsejó á Cortés que se pusiese fue-

go, y aquella noche quemaron mas de quinientas casas.

50. Repartiéronse los tezcucanos y Alvarado, que á un mismo tiempo iban cada cual por Tacuba y Guadalupe haciendo lo mismo, y con los indios amigos cegaban las acequias: culpaban á Cortés de las retiradas que hacia á Xoloc no ocupando lo que ganaba dentro de la ciudad; pero con mas prudencia obraba, porque en la ciudad no podia resistir la batería ni sustentar el descanso, y porque desde Xoloc impedía la entrada de bastimentos.

51. Al otro dia ganó el puesto del patio hasta llegar á la calle que iba á Tacuba para comunicarse con Alvarado: los mexicanos, que temieron el estrago del fuego, se pasaron con sus haciendas á Tlatilulco, donde, aunque habian sido enemigos, fueron recibidos: los de la laguna de Xochimilco Mizquic se vinieron á ofrecer á Cortés y los admitió é hizo que en la calzada labraran cuarteles donde cupieron los españoles, y los indios traían vituallas y frutas de sus tierras, capulines como cerezas.

52. Pedro de Alvarado, viendo que la resistencia (aunque á las primeras casas habia puesto fuego) era grande, porque en tres batallas no habian los tlatilulcas perdido tierra porque les habia muerto á muchos, determinó ir por agua con los bergantines y por tierra con los tlaxcaltecas; y juzgando que le saldrian al encuentro, halló que se

estaban quedos, y á esta ocasion salió un indio agigantado, que tirando una piedra derribó á un soldado, y dando con otra en el bergantin lo hizo temblar: acobardáronse los indios amigos con aquel gigante, y saliendo de la emboscada sin órden, prendieron los tlatilulcas muchos indios, y entre ellos cuatro castellanos, que en presencia del ejército los sacrificaron: murieron con palabras muy cristianas. Sintió Cortés la desgracia, porque los mexicanos haciendo mofa de ellos, decian hoy, Santa María, manda capitan, daca zapatos.

53. En esta ocasion los de Xochimilco y Tlahuac que ayudaban á los mexicanos, robaban las casas, y á los que se defendian los mataban: descubrióse á las voces la traicion, y prendieron á los amigos fingidos, y llevaron á el rey Quauhtemoc, que estaba en unas casas donde hoy es la ermita de Santa Ana y en el barrio de Yocacolco, y con él estaba el señor de Cuitlahuac. Mandáronlos sacrificar al ídolo mayor Huitzilopochtli, que lo habian llevado consigo, y puesto en un templo que llamaban Tepultlacali, en el barrio de Amaxac, donde ahora está la ermita de Santa Lucía.

54. Gonzalo de Sandoval por la parte de Guadalupe procuraba adelantar los ataques, y en Coyonacazco, que es á la salida de la calzada, tuvieron los españoles una escaramuza en que murieron algunos indios amigos, y Rodrigo de Castañeda estuvo en peligro si otro bergantin no lo hubiera fa-

vorecido, y un indio tlatilulco que le arrancó al alferez el estandarte real de la mano, y sin poder recuperarle se fué con él, ocasion en que acometieron con valor los enemigos y prendieron muchos tlaxcaltecas, texcucanos y de Chalco, por ser costumbre entre ellos el darse por vencido el ejército á quien le quitaban el estandarte. Lleváronlos, y repartidos en varios templos fueron sacrificados, con cuatro caballos que se llevaron: aquí, dicen algunos, que fueron diez y ocho los españoles presos, que despojados de las armas sacrificaron.

### CAPITULO VIII.

De la entrada general en Tlatilulco, peligro de Cortés y pérdida de españoles.

55. No sufriendo Cortés la dilacion de la guerra á los combates particulares, juntó á los capitanes, y determinaron que se hiciese una entrada general con todas fuerzas: llegaron despues de oír misa, dia de Santiago, á principiar la entrada, y hallando un foso grande hecho á una fortificacion de tablazon, y con la batería cayó en tierra, y dejando libre la ribera se retiraron huyendo, y por ganar tiempo ordenó que pasasen con las canoas y bergantines las naciones y las piezas de artillería, y ántes de cerrar con el enemigo encargó al tesorero Julian de Alderete el que cegase aquel foso, y parecióle, viendo la primera escaramuza, que no seria necesario el cegar un foso y mas útil el pelear cuando sus compañeros estaban ya peleando, cometiendo á otro de su compañía este cuidado, y siguióle toda la gente de su cargo, sin hacer caso de su encomienda.

56. Fué valerosa la resistencia de los mexicanos al principio; pero artificiosamente se retiraron. Tuvo Cortés por sospechoso el movimiento, y porque se limitaba el tiempo mandó que se derribasen algunos edificios y se quemasen, retirándose. Apenas se dió principio á la marcha, cuando se oyó un instrumento melancólico, que era la bocina, que la tocaban los sacerdotes solos, y á su sonido salió multitud de mexicanos que con su ejército cayó sobre la retaguardia: hizo frente Cortés con los caballos; y como las naciones enemigas tenian orden y encontró con el foso, muchos pasaban en las canoas, siendo mas los que se arrojaron á el agua, donde encontraban tropas de enemigos que los herian. Quedó solo Cortés con algunos de los suyos á resistir el combate: matáronle el caballo, y apeándose á socorrerlo con el suyo el capitan Francisco de Guzman, le hicieron prisionero; y á Cristóbal de Olea, que cortó el brazo á uno que ya lo tenia asido, por defender á Cortés, le quitaron la vida: llegó D. Fernando Iztlixuchitl y lo defendió de una india que lo queria ahogar, y con los que acudieron pudo escapar en un caballo que le trujo Antonio de Quiñones, su capitan de la guardia. Sacó tres heridas, en el muslo, en el brazo y en la cabeza: pasaron de cuarenta españoles los que llevaron vivos y cerca de veinte muertos, y mas de mil tlaxcaltecas que murieron: pérdida grande que conocia Cortés, negando al semblante lo que sentia

el corazon, pues no hubo quien no saliese maltratado.

57. Para el consuelo de este lance trabajoso, descubrió la Providencia Divina á un soldado, llamado Juan Catalan (aunque otros dicen que era Isabel Rodriguez), que con solo aceite y algunas bendiciones curaba por ensalmo: sea el que fuere el médico, que siendo cierta la obra, importa poco á la verdad la diferencia del sugeto.

58. Los mexicanos solemnizaron su victoria con hogueras que daban tanta luz, que se parecia el bullicio y tanta algazara, que se oían las voces, tan sensible para Cortés, que no pudo reprimir las lágrimas. El dia siguiente Quauhtemoc hizo llevar cabezas de españoles á las naciones comarcanas: echó voz que su ídolo decia que dentro de ocho dias perecerian todos, y tuvo ardid para que en los cuarteles se publicase. Medrosos se fueron ahuyentando, y Cortés usó de ardid enviando á sus cabos á decirles que esperasen los ocho dias y conocerian la falsedad; y con eso volvieron á sus cuarteles: duró seis dias la celebracion de la victoria, con que pudo haber tiempo.

59. No desmayó el ánimo de Cortés, porque previno con los bergantines y la artillería (ménos la que perdieron en esta ocasion) los cuarteles, y aquella noche fueron dos horas ántes de amanecer á los cuarteles, con ánimo de pegar fuego á los bergantines, y estuvo tan á punto la defensa, que

disparando á los bultos quedó castigado su atrevimiento.

60. Despachó á Tlaxcala por bastimento y gente, y á Tezcuco: encontraron en el camino dos mil indios tlaxcaltecas, y fueron tantos los que se agregaron, que se halló con cerca de doscientos mil aliados, y con el refuerzo de pólvora, ballestas y alguna gente que en esta ocasion (dice Torquemada) vino en el navío de Luis Ponce, recién llegado.

61. No estuvieron ociosos los mexicanos en esta suspension, porque salian á reconocer los cuarteles, pero siempre eran rechazados. No permitió Cortés la guerra ofensiva, para que cobraran aliento los suyos; pero sabiendo por algunos prisioneros el grande aprieto en que se hallaba la ciudad con la falta de bastimento, y que enfermaban por beber agua salitrosa de los pozos, juntó á sus capitanes y se resolvió que, pues habia crecido el ejército, se acometiese de una vez por todas tres calzadas y tomar puesto dentro de la ciudad, procurando cada cual avanzar hasta llegar á la plaza de Tlatilulco, donde se unirian las fuerzas para obrar lo que dictase la ocasion. Esta resolucion pareció bien, y se hubiera acertado desde el principio, pero muchas veces necesita la humana providencia la correccion de sus errores.

CAPITULO I X.

Del efecto de las entradas de Tlatilulco, retiro de Quauhtemoc y esfuerzo de los mexicanos.

62. Prevenidos los bienes, el agua y lo más necesario para mantener la gente en la ciudad, llegaron los capitanes, llevando bergantines cada cual por los costados, y formar por las calles arbinadas, cegando fosos y acequias, fortificando cada trozo su cuartel. Hizo novedad á los enemigos y causó temor; hubo pareceres, y determinaron aplicar todas las fuerzas para desalojar á los españoles; y á la mañana salieron con sus tropas, y empezando la batería juzgaron por imposible la empresa, y fuéronse retirando y volviendo las espaldas. Llegaron los españoles á ofender con las armas, quedando los mexicanos derrotados y los españoles mejorados de puesto, y por no verse en otra, iban arruinando edificios, cegando las aberturas de las calles, y en ménos de cuatro dias se hallaron á vista de la plaza de Tlatilulco los tres capitanes por líneas diferentes, dejando aseguradas las espaldas.

63. Al otro dia, animado Pedro de Alvarado, puso los piés dentro de la plaza de Tlatilulco, y al primer combate los hizo retirar; y advirtiéndole que estaba cerca un adoratorio, cuyas gradas y torres ocupaba el enemigo, envió algunas compañías que sin dificultad los retiraron. Redujo á un escuadron toda la gente con prevencion de defensa; hizo humos desde el adoratorio para dar aviso á los demás capitanes del paraje en que se hallaban, y á poco tiempo desembocó la gente mexicana que venia huyendo del trozo de Cortés, que, con la que retiraba Sandoval de su distrito, venia á ampararse. Aquí fué la mayor pérdida de mexicanos, que dice el padre Sahagun que fué miércoles (á 7 de Agosto, ántes de su victoria), y que pasaron de cuarenta mil: fué menester desembarazar la plaza de cadáveres, echándolos en las acequias, siendo tal la multitud, que por cuerpos muertos podian pasar á la otra banda.

64. Aquella noche vinieron á guardar la persona de su rey, por lo que se pudieron alojar los españoles sin oposicion, aunque Cortés aplicó alguna gente á la defensa de las calles por asegurar las espaldas, y dispuso que los bergantines recorriesen el distrito de las tres calzadas. Aquella noche vinieron algunos del ejército de los mexicanos, poco ménos que difuntos, á dar su libertad por el sustento. Causó á todos compasion, y mandó Cortés que se les diese algun refresco y

los dejasen salir fuera de la ciudad á buscar su vida.

65. A la mañana viéronse las calles llenas de mexicanos que trabajaban en algunas fortificaciones para asegurar su retirada: el distrito que ocupaban era algo espacioso, cuya mayor parte aseguraba la laguna, que era entónces todo laguna lo que hoy está tierra firme, por la parte que mira á Atzacaputzalco y Tenayuca: por la otra parte del Oriente, que distaba poco de la plaza de Tlatilulco, tenían un foso grande de agua que abrieron á mano, dando corriente á las avenidas, y con una muralla de vigas y tablazon. Llegó Cortés á vista de esta fortificacion, y vió que bajaban y rendian las armas con señales de paz; y para que conociesen que no era su intento destruirlos, envió algunos prisioneros á proponer la suspension de la guerra.

66. En el ínterin se esforzaban en ocultar su necesidad; poníanse á comer en público sobre los terrados, y arrojaban tortillas al pueblo para que creyesen que les sobraba el bastimento y para que conociesen les duraba el valor. Uno de los mexicanos se acercó al alojamiento de Cortés, muy adornado de plumas y vestido con espada y rodela de las que fueron de los sacrificados, á desafiar á Cortés. Díjole que trujese otros diez y con todos juntos pelearia su paje, que se llamaba Juan Muñoz Mercado, que era mozo de diez y siete años. Levantóse el paje con disimulo; pasó el foso, y cerrando con él, recibió el primer golpe en la rodela

y le dió una estocada que le dejó muerto á su piés: trújole á Cortés los despojos del vencido; abrazóle, y quedó con aplausos de valiente entre todos, y con premio de su dueño.

67. Al mensaje de los prisioneros, juntó Quauhtemoc los votos para la paz, y hubo diversos pareceres y salió resuelta la guerra; y á un mismo tiempo mandó estuviesen todas las canoas prevenidas en la ensenada para hacer la retirada, de cuya novedad dieron aviso á Cortés los bergantines, y nombró á Sandoval por general. Encargóle el cuidado de lo que pudiera suceder; y viendo que se movian al combate con vocería y orgullo, acercóse con su ejército y á breve rato de batería, experimentaron el destrozo de aquella frágil muralla. Avisaron á Quauhtemoc, y al punto mandó que con lienzos blancos llamasen, repitiendo á voces ¡paz! Pasaron cuatro principales el foso, y con las ceremonias que acostumbraban dijeron cómo venian á tratar de paces. Respondió Cortés que con su rey las trataria, que eso deseaban. Llevaron el recado; y á la tarde volvieron á decir que á la mañana vendria en persona, que sin falta le esperase. Prevínose Cortés de aparato para su recibimiento; pero volvieron á decir que por un accidente de ajuste no habia podido venir, que le aguardase á otro dia. Pasáronse dos, y con lo que pasaba en la laguna tuvo la dilacion por sospechosa y quedó interiormente avergonzado por haber sido engañado.